

EL LEGADO DE ROY HART

SOBRE una colina de Malerargues, en Francia, el viernes 23 de mayo, a las cinco de la tarde, Roy Hart, Dorothy y Vivienne (victimas del accidente en la autopista de Niza, cuando se dirigían a España para interpretar su nueva obra «L'Economiste», tras el éxito cosechado con la misma pieza en Austria el 18 de mayo) fueron acostados en la tierra que amaban por los miembros del Roy Hart Theatre. La familia y algunos amigos estaban presentes. (TRIUNFO, número 661.)

«Aquí, en este bello jardín, descansarán nuestros amados profesores y amigos Ruben, hijo de Noach Hartstein, Dorothy y Vivienne. Eran encantadores y fueron muy amados en su vida. Y en su muerte no fueron separados». Estas palabras en hebreo, seguidas del salmo 121, comenzaron la ceremonia. El servicio judío fue oficiado por Coco Samuels. Y se pronunciaron también oraciones por un sacerdote católico y por uno de los seis pastores protestantes presentes. Jonathan Hart, hijo de Roy y Dorothy, junto con Paul Silber, el único superviviente del trágico accidente automovilístico, cantaron en la ceremonia.

Hemos recibido muchas cartas de amigos, e incluso de enemigos, dándonos aliento y ayuda, diciéndonos que debemos continuar el trabajo. Y la obra de «L'Economiste» debe continuar, y proseguirá. No sabemos aún con seguridad de qué forma exactamente, pero emergerá, ya que hemos comenzado a ensayar para las representaciones que estamos planeando para España, Austria y Francia el próximo otoño. No creo que ni un solo miembro del Roy Hart Theatre imagine el abandono de la lucha, incluso en los momentos más difíciles...

¿Por qué causa estamos luchando? Luchamos por una vida con sentido, una vida artística consciente, con amor y responsabilidad; una vida en la que cada palabra se escuche para que signifique lo que dice y en la que cada gesto, desde la mañana hasta la noche, se dirija a una representación con consciencia.

Todos los artistas de talla saben del aspecto destructivo de la creación. Pero nos parece extraño que nuestros amigos tengan que haber encontrado una muerte así. Cada uno de nosotros tiene que hallar su propia paz, comprendiendo ese hecho. Por decirlo con palabras de Paul Silber: el Roy Hart Theatre es como un organismo, como un cuer-

po que ha perdido su cabeza y sus brazos derecho e izquierdo. Pero ese cuerpo está vivo con el espíritu de nuestros amigos, que nos otorgan el aliento y la fuerza para intentar, con los medios que nos han enseñado a lo largo de muchos años y con sus bellas voces sonan-

los soldados agonizantes que «cantaban» su dolor, oídos por Alfred Wolfsohn, que comenzó a enseñar en Berlín, para proseguir luego su docencia en Londres, adonde escapó de los nazis germanos.

En 1947, Wolfsohn principió a trabajar con un alumno llamado

poco a los problemas principales de nuestra sociedad, todo lo cual venía indicado en sus voces. Y esto fue lo que le llevó a Roy Hart, y a quienes a él se unieron, a explorar la voz primeramente en todas sus ramificaciones (filosófica, psicológica, biológica, social y musical) antes de regresar nuevamente al arte.

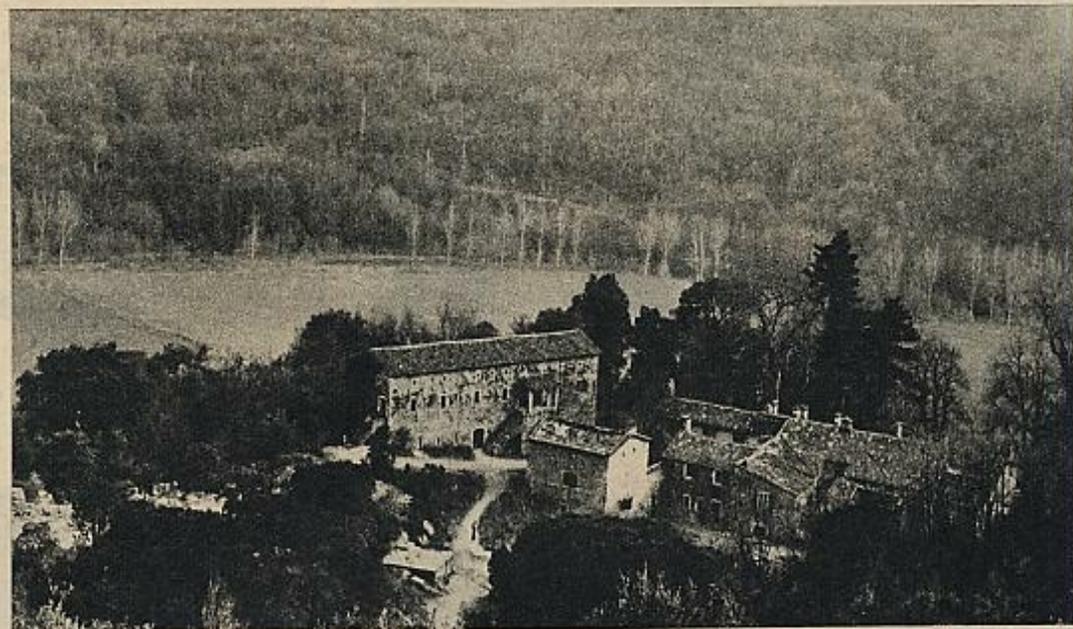
En 1969, varios compositores escribieron para la voz de Roy Hart: Peter Maxwell-Davies («Elth Songs for a Mad King»), Hans Werner Henxe («Versuch über Schweine») y Karlheinz Stockhausen («Spiralle»). Las representaciones tuvieron éxito en varios países europeos. Nuevamente, sin embargo, Roy Hart eligió sacrificar la brillan-

Lucienne Deschamps

do todavía en nuestros corazones, regenerar nuestra cabeza y brazos.

Como cuerpo amputado, sin embargo, sentimos vivamente la falta de la presencia de nuestros amigos. Lo sentimos como un «shock» calular que nos ha hecho a algunos enfermar de pena. Y ese sentimien-

Roy Hart, un inteligente joven sud-africano que había sido profesor de Inglés y Psicología en la Universidad de Johannesburgo y había ganado una beca para la Royal Academy of Dramatic Arts. Tanto Alfred Wolfsohn como Roy Hart habían dejado sus países por razones



to fue especialmente doloroso cuando empezamos cuidadosamente a ensayar unas escenas de danza de «L'Economiste», que interpretamos en una fiesta local. Ese ensayo, esa interpretación, nos costó más que sangre. Y el dolor era equivalente a la imagen de intensa alegría y esperanza que recibimos de nuestra audiencia.

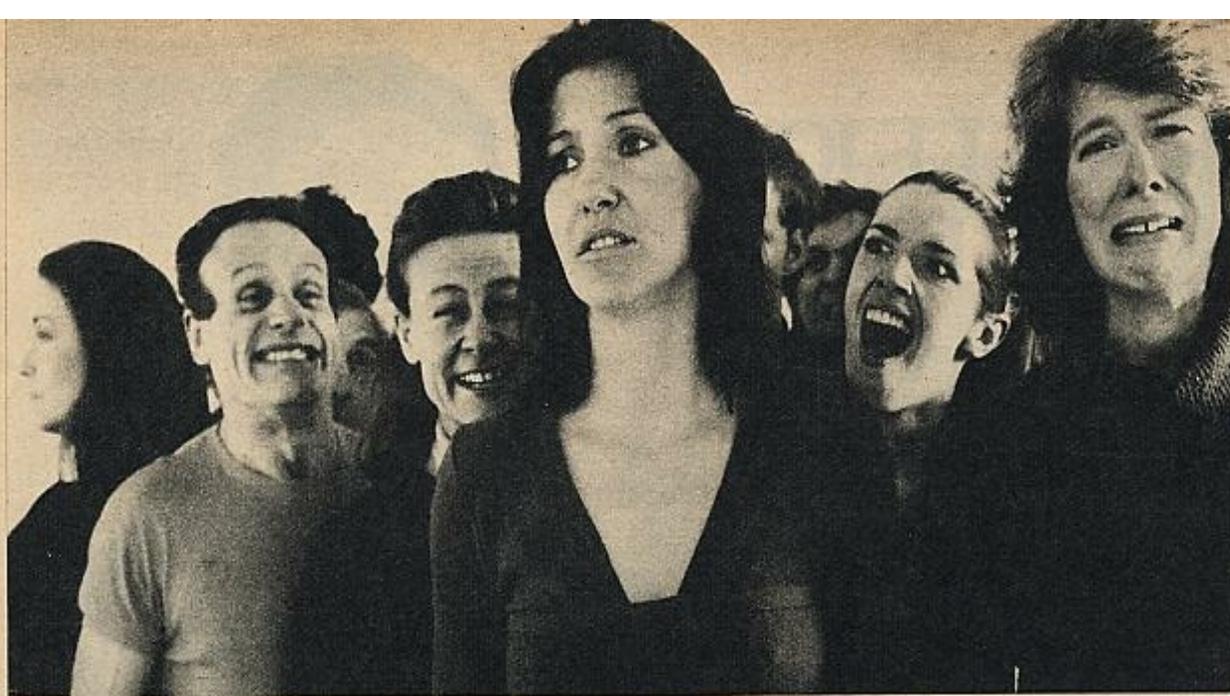
Actuamos como vivimos, como trabajamos, como cantamos, como somos, aquí y ahora, en Malerargues. Y al cómo y el porqué vinimos aquí constituyen una historia íntimamente vinculada a nuestra historia, que quisiera narraros brevemente: nuestro trabajo sobre la voz humana nació en los campos de batalla de la primera guerra mundial, es decir, de los gritos de

políticas, y fue por el hecho de haber recibido cobijo en Gran Bretaña, donde Alfred Wolfsohn murió en 1962, por lo que Roy Hart y su teatro se sentían lo suficientemente en deuda como para permanecer y trabajar en Londres por espacio de veinticinco años, a pesar de la ausencia de reconocimiento público y a pesar del deseo de los miembros del teatro de vivir en el continente europeo.

En sus primeros tiempos londinenses, Roy Hart se apercibió de que la enseñanza teatral que estaba recibiendo en la Royal Academy of Dramatic Arts, así como el arte de muchos de los artistas que le rodeaban, carecían de vinculación a las vidas privadas individuales de los actores, así como tam-

te carrera de solista que se le ofrecía, debido a su creencia de que el arte, y, en consecuencia, la vida de un verdadero artista, debe ser moral. Y es por eso por lo que no quería trabajar con ningún artista que no se considerase a sí mismo como un ser con una moralidad por encima de lo común en la conducta de la vida diaria.

Fue también en 1969 cuando el Roy Hart Theatre ofreció su primera actuación pública, que yo presencié en Nancy, en el Festival Mundial del Teatro. Representaban «The Bacchae». Y Roy Hart estaba sentado ante el piano, en la sombra, dando ocasionalmente alguna orden a los actores, que estaban tejiendo «un sueño de su propio ser» en el texto de Eurípides.



En la página opuesta: el castillo de Malerargues, en Francia, donde viven los miembros del Roy Hart Theatre. Roy Hart y sus compañeros, que murieron en el accidente del 23 de mayo, descansan en el jardín. Junto a estas líneas, Vivianne Young, en el papel de Flora, durante una representación de «L'Economiste». Vivianne también pereció en el accidente.

vinculándolo así con la realidad de hoy en un mosaico multidimensional con un alcance extraordinariamente amplio de sonido, movimiento, emociones y pensamiento.

La siguiente tarea, en espiral, implicó una mayor exploración del alcance vocal, incluyendo el grito como medio de expresión. Pero esto nunca fue un fin en sí mismo. Incluso en 1972, cuando representamos «And» en España, Francia y Suiza, que nos proporcionó la in deseada denominación de «teatro del grito», Roy Hart hizo hincapié en que «este peligroso y excitante viaje a la voz de ocho octavas, es decir, en el sonido, se ha llevado a cabo con el objetivo primario de descubrir la fuente de la voz, o, lo que es lo mismo, el sonido, al que está regresando el teatro».

Este regreso a la palabra coincidió con el comienzo de Roy Hart a actuar con su teatro en la representación de obras escritas para nosotros en francés y alemán: «Mariage de Lux», de Serge Behar, e «Inch Bin», de Paul Portner. Y un hecho importante de nuestra evolución artística lo constituyó el ingreso en nuestra sociedad de Jo-

nathan Hart en 1973, que comenzó a componer para nosotros. Y todos estos años de evolución nos condujeron a una excitante mutación: «L'Economiste», que fue escrito y compuesto por miembros del Roy Hart Theatre, con base a un manuscrito de Serge Behar. Y en cuyo programa de prólogo, escrito por David Goldsworthy, se dice: «"L'Economiste" trata de la evolución. Versa sobre la lucha de una persona, para emerger legítimamente de la masa gregaria sin rostro, y para edificar verdadera individualidad; para convertirse en sí mismo, lo cual está vinculado al hecho de que nosotros, como una sociedad embrionaria, nos hemos trasladado a nuestro castillo del Sur de Francia, donde vivimos juntos en el más honesto sentido comunal».

El proceso de traslado de cuarenta y ocho miembros del Roy Hart Theatre desde Londres llevó diez meses y quedó ultimado en la primavera de este año, mientras veintiseis de nosotros ensayábamos «L'Economiste». Y los ensayos concentrados durante diez-catorce horas diarias, durante siete días a la

semana y diez semanas de duración, sólo fueron posibles por la dedicación con que los otros miembros del castillo de Malerargues (es decir, los veintiuno que no interpretaban «L'Economiste») nos servían: haciendo la comida, el lavado, intentando el cultivo de legumbres, planchando y restaurando nuestra enorme saca todo el día, mientras ensayaban, por las tardes, una obra llamada «Cathédrale».

El papel de esta gente abnegada es tan esencial como las nueve décimas partes de un iceberg que no se ven. La disciplina que exige y la consistencia que se requiere para un trabajo así en la vida diaria constituyen una extraordinaria escuela artística, como lo muestran los grandes talentos surgidos en la «Cathédrale», obra que ha sido representada en iglesias, plazas de mercado y teatros de nuestra región francesa, donde hemos encontrado una audiencia entusiasta y auténticamente «popular», al mismo tiempo que buenos amigos y acogedores vecinos. Puede decirse que hemos abandonado la sucia atmósfera de Londres para escuchar a ese labriego que nos dice que cuando cantamos le anima la misma alegría y el duro ardor que siente cuando labra sus campos.

Alguien podrá susurrarme: todo esto es muy bonito y convicente, pero ¿de dónde obtienen el dinero? Bueno, lo conseguimos y no lo conseguimos de nosotros mismos. De momento, comemos sopa de ortigas y no carne. Y el vino y el tabaco se han convertido, entre nosotros, en un raro lujo. Hemos sobrevivido durante más de un cuarto de siglo sin ninguna otra ayuda exterior que la procedente de los propios miembros del Roy Hart Theatre, que acostumbraban, hasta muy recientemente, ganarse individualmente la vida lo mejor que podían, ayudados —en algunas ocasiones— por los más ricos. Nosotros creemos que cantar es una inversión valiosa, y que enriquece más que espiritualmente. ¡Somos todos millonarios, potencialmente! Y los valores materiales, en última instancia, reflejan los espirituales y se equilibran con ellos... Mien-

tras tanto, hemos elegido pasar hambre simplemente porque colocamos, en primer lugar, sin compromiso alguno, los valores espirituales. Por ejemplo, hemos continuado ensayando intensamente en tanto que, de acuerdo con todas las leyes de la gravedad y el realismo, estamos abocados, en cualquier momento, a la bancarrota. Y esto es también lo que «L'Economist» significa.

* * *

Roy Hart nunca deseó personalmente crear o dirigir un grupo teatral así, pero aceptó la compañía de quien quería descubrirse o expresarse a través de la exploración de la voz humana. Por decirlo con sus propias palabras, era para el Roy Hart Theatre «un padre postfreudiano; es decir, un padre que no ha de ser matado o apartado físicamente por sus hijos para poder crecer, sino que vive en constante estado de mutua fertilización con ellos, en equilibrio con la Historia, con el presente y el futuro, ofreciendo permanentemente una salida al movimiento».

Como símbolo de espíritu, Roy Hart tuvo que llevar, tanto pública como privadamente, la enorme carga de ser foco de energías muy poderosas de amor y odio, adoración embarazosa y vicioso rechazo violento. Pero con los años pudo ser relevado en algo de este peso, al haber surgido en el Roy Hart Theatre individualidades responsables, pedagogos y artistas. Especialmente, Dorothy y Vivienne, a las que amo profundamente y fueron bellas e inteligentes.

En la representación que dimos el pasado mes de abril en Viena, Roy Hart nos encomendó a una docena de miembros del grupo la mayor parte de la enseñanza, porque habíamos alcanzado ya la fase en que cada uno de los elegidos podía decir sinceramente: «Soy Roy Hart».

Nueve personas ahora han sido nombradas por el Roy Hart Theatre como componentes de la Junta del organismo: David Crawford, Richard Armstrong, Elizabeth Mayer, Paul Silber, Barrie Irwin, Kaya Anderson, Robert Harvey, Nadine Silber, Derek Rossignol y yo misma. ■



Roy Hart nunca deseó personalmente crear o dirigir un grupo teatral, pero aceptó la compañía de quien quería descubrirse o expresarse a través de la exploración de la voz humana.